

Con una clarividencia poco habitual en él, Ortega y Gasset escribiría algo en lo que no se le puede dejar de dar la razón: «En la obra de Kant están contenidos los secretos decisivos de la época moderna, sus virtudes y limitaciones (...) Con gran esfuerzo me he evadido de la prisión kantiana y he escapado a su influjo atmosférico. No han podido hacer lo mismo los que en su hora no siguieron largo tiempo su escuela. El mundo intelectual está lleno de gentileshombres burgueses que son kantianos sin saberlo, kantianos a destiempo, que no lograrán nunca dejar de serlo porque no lo fueron antes a conciencia. Estos kantianos irremediables constituyen hoy la mayor rémora para el progreso de la vida y son los únicos reaccionarios que verdaderamente estorban.»<sup>1</sup>



estrenado sobre mí y la ley moral en mí», o «¡Deber! Nombre sublime y grande», etc., ni siquiera la constante insistencia en que la moralidad deriva del carácter racional del hombre, que es característica de todo ser racional, lo que hizo a Schopenhauer ironizar sobre las relaciones de Kant con los ángeles y a los kantianos ver la profecía de la existencia de vida racional en otros mundos; nada de esto, decimos, debe hacer olvidar la firme convicción kantiana de **que ni las mujeres ni los criados debían tener derecho al voto en la república, ni su identificación de la democracia con el despotismo, ni su sumisión al rey de Prusia, ni su poco disimulado racismo, reflejado en esta observación:**



«para ahorrar palabras, baste decir que el mozo era negro de los pies a la cabeza; clara señal de que lo que decía era una simpleza».<sup>3</sup>

Una muestra más, la última en que nos detendremos, del estrecho acuerdo de Kant con el «espíritu de la época», nos la ofrece su descripción de lo saludable que resulta esa *bellum omnium contra omnes* que es la sociedad burguesa como motor de la historia social: «Sin la condición, en sí ciertamente no deseable, de la insociabilidad, de la que surge la resistencia que cada uno en sus pretensiones



Para terminar, debemos señalar, aunque sólo sea para patentizar un agravio histórico más que añadir a la lista, que **todo lo que Kant dice sobre la educación se refiere fundamentalmente a los hombres, no a las mujeres.** En la *Pedagogía*, efectivamente, no aparece en ningún momento el tema específico de la educación de la mujer. De ahí es posible inferir dos cosas: o que es igual a la del hombre, por lo cual no es preciso especificar, o que no debe ser educada. Sin ir tan lejos, parece que hay derecho a suponer que la mujer necesita también de una educación moral; pero es indudable que para Kant no necesita una educación como ciudadana —lo que constituye buena parte de la llamada educación moral—, puesto que no tiene ni debe tener



derecho al voto; en cuanto a la educación de la habilidad, es decir, la instrucción, ni el papel pasivo que se le asigna en la sociedad ni las profesiones a las que estaba llamada en la época crean demasiada necesidad de ella.

Concretamente, para encontrar una referencia a la educación de la mujer hemos de volver la vista atrás, hasta una obra escrita en 1.764, las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, en particular el capítulo III, *Sobre la diferencia entre lo sublime y lo bello en la relación recíproca de ambos sexos*. Extraeremos de ahí un sabroso pasaje que nos exime de todo comentario:



«A esto [la diferencia entre lo bello –femenino– y lo sublime –masculino–, M. F. E.] deben dirigirse todos los juicios sobre las dos mitades de la especie humana (...), esto han de tener a la vista toda educación y enseñanza y todo esfuerzo por fomentar la perfección moral de una y otra



(...). No es suficiente pensar que se tienen ante sí hombres: es menester no perder de vista que estos hombres no son de una misma clase.

»(...) El bello sexo tiene tanta inteligencia como el masculino, pero es una inteligencia *bella*; la nuestra ha de ser una inteligencia *profunda*, expresión de significado equivalente a lo sublime.

»(...) El estudio trabajoso y la reflexión penosa, aunque una mujer fuese lejos en ello, borran los méritos particulares de su sexo (...). A una mujer con la cabeza llena de



una mujer (...). A una mujer con la cabeza llena de griego, como la señora Dacier, o que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales, como la marquesa de Chastelet, parece que no le hace falta más que una buena barba (...). La mujer, por tanto, no debe aprender ninguna geometría; del principio de razón suficiente o de las mónadas sólo sabrá lo indispensable para entender el chiste en las poesías humorísticas(...)

»(...) El contenido de la gran ciencia de la mujer es lo humano, y entre lo humano, el hombre (...)

»(...) Del universo, igualmente, sólo es menester que conozcan lo necesario para hacerles conmovedor el espectáculo del cielo en una hermosa noche (...).»<sup>1</sup>

Etcétera, etcétera. He aquí, efectivamente, al «discípulo aventajado» de Rousseau.